

El trabajo infantil

Estos días nos hemos puesto al día con un reportaje –pesado ya, por repetido en todas las cadenas- sobre el trabajo infantil a raíz de una chiquita de nueve años que trabaja como modelo y que ha sido calificada como la niña más guapa del mundo. “A mí el día me confunde”: si me hago representante de mi criatura y me dedico a “pasearla por todo el mundo mundial” porque tiene cualidades que son bien pagadas por alguna cadena de televisión, ocurre que no soy explotador infantil. Si trabajo en una empresa familiar, pongamos tienda de comestibles o de restauración y pongo a mis criaturas (a las que alcancen la altura del mostrador) a colaborar con la economía familiar, entonces sí que soy un explotador infantil. Mi alucine ha sido con una militante feminista cuya crítica feroz al asunto se debía a que “este tipo de comportamiento sólo consigue profundizar en el estereotipo femenino que tanto daño hace a la imagen de la mujer”. Lo dicho: alucino. ¿No bastaría con que a los grandes magnates de los productos de belleza se les exigiera que dejaran de envolver a las modelos en papel dorado, como exclusivo regalo “que te llevas puesto”? A ellos sí que se les permite vestirlas, desvestirlas, revertirlas, invertirlas o convertirlas en lo que haga falta, pues la elegancia del producto justifica los precios... a pagar por la persona que compra (su dinero y su tiempo) y a pagar por la propia modelo (su trabajo y su imagen).

Es evidente que al hacernos mayores, nuestro ser asocial más va asomado en nosotros y no quiere quedarse dentro. Al menos el mío, ya es muy difícil controlarlo. Y lo hace –eufemismo escapista: lo hago- con ganas de señalar con el dedo a tanto miserable capaz de usar las varas de medir siempre a la medida del sufridor: duro con el débil, sumiso con el fuerte; boca ancha para colar buenas vigas en el ojo propio y boca estrecha para atrancar la paja en ojo ajeno. Sólo creo que colocando la dignidad humana en el centro de nuestras reflexiones seremos capaces de aislar todos los egos (aunque sean militantes) que nos atenazan. ¿Acaso lo más grave de la explotación infantil –“explotación”, y no “trabajo”, pues hay que diferenciarlo- no es que esa criatura deja de vivir etapas vitales que le son robadas? No voy a decir que desde que las plazas de nuestros pueblos y ciudades no tienen tierra, estamos en las nubes... pero ¡qué faltica tenemos de rompernos las rodillas!

Fecha: 18/02/2015

Enrique de Amo Artero
Profesor Titular de Análisis Matemático de la UAL